

Gilberto Loaiza Cano: *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un político hispanoamericano del Siglo XIX*, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2004.

Alonso Valencia Llano<sup>1</sup>

Gracias a los aportes de diferentes autores la biografía aparece como un campo en el cual los historiadores podríamos intentar encontrar el gran público para nuestras obras. Desde luego, el campo no es nuevo, pero –al menos en mi experiencia personal- no ha dado muchos resultados en la ampliación del público lector. ¿A qué se debe esto? Quizás a no haber intentado nunca escribir una biografía de largo aliento; quizás a no habernos desprendido del pesado rigor de los historiadores; quizás a no haber encontrado un personaje cuya existencia justificara una reconstrucción biográfica digna de ser leída por otros; quizás a la estupidez de creer que la biografía correspondía al orden de la historia tradicional y su concepción positiva del individuo providencial; hay muchos quizás... pero lo cierto es que después de haber leído el libro de Gilberto Loaiza: *Manuel Ancízar y su época. Biografía de un hispanoamericano del Siglo XIX*, me encuentro más cerca de lograrlo.

La obra de la que ahora hablaré muestra todo lo yo quisiera ver en una biografía realizada por un historiador. Antes debo aclarar, que la he leído con toda la irresponsabilidad de que soy capaz cuando gozo de las cosas que disfruto; sin pensarla mucho, dejándome llevar por una narrativa que me muestra cómo un historiador de verdad es capaz de aplicar la teoría para explicar hechos cotidianos realizados por un individuo que estaba inmerso en las transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales de su época. Se trata de una biografía, en la que los recursos teóricos no aparecen como un adorno para “descrestar” incautos, sino como el necesario mecanismo de un historiador que investigó diez años para entender el rol histórico de un personaje que, por no haber sido un político destacado, aparece como secundario en la historia de nuestro país. Esa forma de utilizar la teoría es lo que hace esta obra interesante, pues la introducción se convierte en un referente obligado para quienes queremos incursionar en este campo.

También presenta Loaiza una excelente revisión historiográfica de lo que es una biografía en los medios académicos, señalando todos los reparos, limitaciones, logros y alcances que diferentes autores –la mayoría de ellos historiadores- encuentran para este género ¿histórico? ¿literario?, que la convierten, a la vez, en orientación metodológica contrastada con su propia experiencia como biógrafo de personajes como Luis Tejada. Nos habla de la elección del biografado, justificada en parte por su inmersión en redes sociales cuyas acciones hacen que el papel histórico del individuo sea considerado más como el resultado de los proyectos colectivos de las redes de pertenencia que de la acción

---

<sup>1</sup> Licenciado en Historia en la Universidad del Valle, Cali. Maestro en Historia con Mención en Historia Andina, Flaco, Ecuador. DEA en Historia Latinoamericana y Estudios de Doctorado en el programa “El Poder y la Palabra” de la Universidad Pablo de Olavide, Sevilla.”, Profesor Titular, Departamento de Historia de la Universidad del Valle, Cali.

voluntariosa y heroica del mismo. Señala, además, un elemento importante a tener en cuenta por quienes se apresuran a calificarse de “investigadores”: el trabajo paciente con unas fuentes que, por haber sido recogidas por el biografiado mismo, por sus descendientes y albaceas, suscitan dudas razonables, las cuales sólo fueron resueltas por el trabajo paciente de buscar información en archivos de Cuba, Venezuela y Chile, que arrojan –entre otras experiencias- la ocurrida en la Habana donde encontró que lo único que quedaba de la época en que Ancízar estudiaba en la Universidad era una campana.

Entrando en la biografía en sí, el autor no recurre a los usuales trucos comerciales: no busca un hecho cautivador del lector; recurre más a la inteligencia que a la anécdota. Sin embargo, hay algo de teleológico y anecdóticamente cautivador en el hecho de mostrarnos un niño que debe huir de una ciudad andina a una costera; que ve morir a sus hermanos, posteriormente a su madre y que debe enfrentar en Cuba una niñez llena de insatisfacciones económicas que lo llevan a aceptar el sacrificio laboral de su padre como única manera de lograr formarse intelectualmente y abrirse camino en una sociedad todavía presa del colonialismo y sus prejuicios estamentales de limpieza de sangre y segregación social. Hay mucho de cautivador en el hecho de encontrar que el joven Ancízar participa en tertulias literarias, en Sociedades Patrióticas y, en fin, en todas aquellas actividades que la vida cultural ofrece en una sociedad comercial como la de la Habana donde se enfrentan la ideología liberal de Cádiz y la ideología conservadora, monárquica y señorial de las Cortes de Madrid. Y no deja de engancharnos el hecho de que en el trasfondo la actividad cultural habanera que muestra Loaiza, se percibe una sombra de conspiración libertaria que obliga al biografiado a autoexiliarse en islas cercanas y posteriormente en los EE. UU. para ejercer su profesión de abogado, en lo que es auxiliado por hombres que se identificaban como hermanos mediante una h y tres puntos en triángulo.

Muy joven, nos dice el autor, Ancízar inicia su peregrinación por Hispanoamérica. Lo hace con la convicción de los iniciados en prácticas masónicas: deberá llevar la “Luz” para iluminar los caminos de la libertad democrática. Se radica en Venezuela donde la escasez de intelectuales lo obliga a desdoblarse en intelectual y político y como tal en fundador de periódicos, de bibliotecas públicas y del “Liceo Venezolano” que a la vez se convertirá en una revista. Más tarde se traslada a Valencia donde rige el Colegio Nacional de Carabobo y nuevamente funda periódicos, una caja de ahorros y una Sociedad Patriótica. Es Venezuela el sitio donde se perfila su papel histórico como uno de los más importantes intelectuales dedicados a la política, la prensa, la educación, la fundación de sociedades de progreso, y donde en 1845 inicia su vida como Diplomático. Allí también aparece con una faceta que si bien no lo coloca como filósofo, sí permite que se le vea como divulgador de la filosofía ecléctica de Víctor Cousin frente al viejo sensualismo inglés y francés. Todo esto -nos muestra el autor- se conjugó para que Ancízar se hiciera partícipe de la trilogía “razón, ciencia y riqueza”, atributos que la razón masónica exigía a los nuevos liberales para que desempeñaran su papel rector en los destinos públicos y privados y un cierto mesianismo redentor frente a los débiles. Estos atributos y mesianismo se compendian en un epígrafe de Ancízar citado por Loaiza:

*“Esa porción que hemos denominado los débiles, encuentra en los fuertes protección, dirección i consejo”*

Lo más importante a destacar por Loaiza, mediante el caso de Ancízar, es que muchos intelectuales decimonónicos superaron el provincialismo y se revistieron de una visión cosmopolita que les permitió desempeñar diferentes e importantes roles a donde quiera que llegaban. En el caso de Ancízar primero fue Cuba, luego EE.UU., Caracas posteriormente, hasta ubicarse en su tierra natal, la Nueva Granada. Todo esto lo hace mediante la utilización de esas redes de sociabilidad que llevaron a que todos los masones se sintieran integrados por un mismo proyecto: el establecimiento de los Estados republicanos y el dominio de la libertad. En estos propósitos se ubica su actividad en el gobierno de Tomás Cipriano de Mosquera cuando, a partir de 1846, se le ve fundando el Instituto Caldas que se convertiría en la base de la Universidad Nacional. También trazó la política de estrechar lazos con el gobierno de Norteamérica y la de alejarse de los gobiernos de Inglaterra y Francia, en un sendero que llevaría a que, a partir de 1848, un posible canal de Panamá quedara en manos de la potencia del norte. Posteriormente, siendo Embajador Plenipotenciario ante las Repúblicas del Sur, impulsaría un tratado de libre navegación por el Amazonas que no hizo más que fortalecer a la nación norteamericana. Loaiza hace evidente que todo esto se debía a su vínculo con las logias masónicas, en especial con la de York. Esta pública filiación masónica no dejó de merecer comentarios irónicos como el de Manuel Murillo Toro, el ideólogo del liberalismo neogranadino:

*“Como Usted tiene la zoquetada de ser masón, que es algo peor que ser fraile, le incluyo una carta de uno que dice ser su hermano [...] cuándo dejarán Ustedes esas boberías”*

Esta faceta es una de las que el biógrafo logra mostrar como nodal en la vida de Ancízar, pero también en la vida política de muchos liberales de la Nueva Granada, donde la masonería había ganado una enorme influencia dado el enfrentamiento con el jesuitismo. Esto lo expone el autor gracias a los aportes teóricos de Gramsci, los que le permiten además realizar un capítulo central acerca del peso de la masonería en las sociedades públicas, capítulo que creo yo, deberá ser consultado por quienes pretenden entender nuestro complejo siglo XIX hispanoamericano, lleno de conflictos bélicos y de pactos constitucionales. Algo similar ocurre con el papel desempeñado por los liberales en el desarrollo de la educación universitaria.

Todo esto se complementa con una incursión en la vida privada, que muestra la importancia de ésta para la vida pública. En el libro queda claro que la vida privada de los hombres públicos no está, en manera alguna, alejada de sus intereses políticos, económicos y sociales. En cierta forma –plantea- una correcta vida privada fortalece su imagen de hombre público, algo que se destaca en la vida de Ancízar cuando el autor pregunta si en su matrimonio con Agripina Samper se debió al amor, o al cálculo. Lo cierto es que este matrimonio puso a Ancízar en alianza con la más importante familia de comerciantes del centro del país y a estos con el más importante intelectual de la época: el padre *Alfa* que gozaba de un gran poder político durante los gobiernos mosqueristas y los radicales que les siguieron.

En muchos sentidos, y ya para finalizar, debo reconocer, que más que una biografía, en el sentido coloquial del término, el libro sobre Manuel Ancízar que reseñamos es más que un ejercicio historiográfico normal, es una explicación de la forma en que se relacionó la vida intelectual con la vida política de la Nueva Granada; es una obra que muestra cuál es en la práctica el papel político de los intelectuales, de esas figuras que están en un segundo lugar de la esfera pública, pero cuyo papel histórico es quizás más importante que el de los caudillos y políticos que hasta ahora han sido rescatados por la historia política sea ella tradicional o moderna.

No me resta más que felicitar al autor de una excelente obra y lamentar que no haya sido la Universidad del Valle -la que concedió el tiempo para realizar la investigación que la sustenta- la entidad que lo publicara.